

Conferencia

La memoria de los jóvenes universitarios y la formación del concepto de ciudadanía

Rina Benmayor

El presente texto se deriva de una conferencia ofrecida por la Dra. Rina Benmayor en el marco del *VI Congreso Internacional de Historia Oral* que se llevó a cabo en la ciudad de Campeche, México del 8 al 10 de junio de 2005, bajo el título de *La oralidad y el conocimiento social*. La Dra. Benmayor es historiadora y profesora de la Universidad Estatal de California, además de ser entonces, la presidenta de la *Asociación Internacional de Historia Oral* (IOHA). Este congreso fue organizado por La *Asociación Mexicana de Historia Oral* (AMHO) en colaboración con la *Sociedad Campechana de Historiadores* (SOCAMHI). Los temas dentro de los cuales se expusieron los trabajos académicos fueron: espacios públicos y privados; las regiones y sus interrelaciones; migración y fronteras; medio ambiente y ecología; género, familia y generaciones; educación, cuerpo y salud; trabajo, clase social y pobreza; política y religión; movimientos sociales y construcción de la fuente oral; archivos orales; la enseñanza de la historia oral; memoria e interpretación; evidencia oral y verdad; así como tiempo de vida y tiempo social.

La conferencia de Rina Benmayor que presentamos en esta ocasión, se debe a la pertinencia metodológica de fomentar la enseñanza de la Historia Oral en la formación académica de los estudiantes al menos de nivel superior. La riqueza del contenido que ofrece esta comunicación, justifica ampliamente su difusión académica, además de que los y las investigadores del *Programa Cultura* del Centro Universitario de Investigaciones Sociales (CUIS) de la Universidad de Colima, hemos sido promotores asiduos históricos de esta metodología desde hace casi veinticinco años. Esperamos ofrecer a los lectores un material rico que pueda implementarse en sus labores docentes en cualquier grado académico universitario¹.

1. Esta conferencia ha sido editada por el Consejo editorial de *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* y revisada por su autora.

Conferencia

Quisiera agradecer a la Asociación Mexicana de Historia Oral por esta invitación que para mí fue muy grata y a la Universidad de Campeche, a la Asociación de Historia Oral de Campeche, a la Universidad de Guadalajara y a todos quienes hicieron posible que yo estuviera aquí. Es la primera vez que estoy en Campeche y lo veo como un lugar muy cálido en el clima y en lo humano.

Para iniciar, debo decirles que como historiadora abordo la Historia Oral desde la narrativa, la literatura. Mi formación es en literatura española. Este dato puede situar el sentido de mi discurso en esta conferencia. Mis proyectos no son desde la Historia propiamente dicha, sino que son estudios abordados desde la narrativa. Mi *modus operandi* es recolectar historias con una temática y un propósito; escuchar y analizar los textos y tratar de dejar que ellos mismos me sugieran cómo debo abordar a la interpretación, me gusta dejar que el texto me hable. Tal vez es demasiada abierta esta forma de trabajar, pero creo que es una manera de crear y dar sentido a la información; igual que la creación de la entrevista, que es un proceso dialógico.

Considero que el análisis es producto de un diálogo con nuestras propias disciplinas y es desde esta perspectiva que quiero presentar mi trabajo. No hablo desde la disciplina de la Historia sino más bien de cómo, mediante el testimonio, se va construyendo la memoria en jóvenes universitarios.

El título que le he dado a mi conferencia *La memoria de jóvenes universitarios y la formación del concepto de ciudadanía*, anuncia que la memoria no es una actividad predilecta de los jóvenes, sino del pasado, que constituye a la tercera edad. En esta vertiente, escasean los proyectos de historia oral en los jóvenes. Hoy espero platicar sobre un proyecto de cinco años que llevé a cabo entre 1998 y 2003 con más de cien jóvenes universitarios entre las edades de 18 y 21 años. Lo principal en este proyecto es que este grupo es parte de la primera generación universitaria. Muchos son los primeros hijos en sus familias, así que es bastante significativo. Al pedirles que reflexionaran sobre sus vidas y sus vivencias en la preparatoria y en la universidad, empezaron a conectar su pasado con su presente. A través de la entrevista de Historia Oral, esta experiencia creó un momento en el que se construiría una memoria; o como preferimos entenderlo, un momento en el que el presente construye las memorias del pasado. Sin embargo, además de construir la memoria, el momento de la entrevista viene a ser también una oportunidad para entender cómo hablan los jóvenes sobre su vida y cómo entienden su lugar textual, sus perspectivas futuras.

Al comienzo no vislumbrábamos la conexión entre *educación* y el concepto de *ciudadanía*, pero existe; aunque no era el propósito de nuestro acercamiento. Al escuchar las entrevistas y la manera en que hablaban los jóvenes, nos dimos cuenta de que tal vez el concepto de *ciudadanía cultural* nos ofrecía una manera de entender más profundamente el telar de otros aspectos que se conectaban entre la memoria y la historia oral.

Este proyecto de investigación fue parte de mi curso permanente de Historia Oral. A lo largo de cinco años enfocamos nuestra pesquisa sobre los relatos de jóvenes de la primera generación universitaria. En este proyecto participaron todos mis alumnos escogiendo un tema de importancia e interés social, un tema que les interesara y con el cual pudieran encontrar un vínculo personal y afectivo. Muchos de ellos son primera generación universitaria y todos se interesaban en las historias de sus amigos y sus colegas. Demográficamente la mayoría de nuestros entrevistados son de familias marginadas, pues la misión de nuestra universidad es recibir a los grupos menos representados en lo que llamamos la educación superior. Dado nuestro lugar geográfico en la costa central de California, a un costado del Valle de Salinas, el 30% de nuestro estudiantado es de origen mexicano. El 70% de nuestros entrevistados son de ascendencia mexicana y conforman el grupo más grande de la primera generación universitaria; sus padres trabajan en el campo o sector de servicios, son primera, segunda y tercera generación en los Estados Unidos. La mayoría son oriundos de zonas rurales de México y entre ellos hay ciudadanos, residentes legales e indocumentados. Algunos de nuestros entrevistados son primera generación inmigrante y el inglés es su segundo idioma. La mayoría de los entrevistados no tenían la intención de ser universitarios, pero pasaron por su expediente escolar sin que nadie les pusiera un título universitario como meta; muchos quedaron reclutados en la preparatoria por programas especiales de apoyo que entran en las escuelas allá y ayudan a los alumnos a pensar en un futuro y a planificar. Entonces, estos muchachos llegaban a la universidad a pesar de un sinnúmero de obstáculos económicos, institucionales y culturales.

Captar la diferencia de estos obstáculos era uno de los objetivos de nuestras indagaciones. Dentro del marco de la historia de vida, queríamos explorar las trayectorias escolares, las experiencias de la preparatoria, así como la experiencia universitaria y ubicarlos dentro de la experiencia más amplia en la sociedad norteamericana; identificar sus vínculos con la familia, la cultura, la escuela, la sociedad y su proyección en sus vidas.

Con el apoyo central de la Historia Oral, sus discursos llegaron a un momento en que las narrativas empezaron a parecerse una a otra, a conformarse en un cúmulo de experiencias comunes en sus narrativas; esto puede aparecer, entonces, una historia colectiva.

Enseguida voy a dar un pequeño relato sobre lo que vimos en general en las historias de vida. Para comenzar, la mayoría de nuestros entrevistados reportaron que recibieron muchos más grados de los que esperaban por parte de sus consejeros y sus maestros cuando se les preguntó ¿fueron adecuadamente preparados para la universidad? ¿Alguien te animó? ¿Alguien te desanimó? Escuchamos respuestas muy negativas. Un muchacho respondió diciendo “mi consejero nunca me dijo que yo podía entrar a la universidad y cuando le dije que iba a solicitar, que estaba pensando en ello, se río de mí en mi cara”; necesito aclarar que esta es una traducción mía porque las entrevistas fueron hechas en inglés y luego se tradujeron.

Tenemos un sinnúmero de relatos parecidos, lo cual indica que el recuerdo que muchos tienen de ese trato es negativo; varios añaden que en donde percibieron un apoyo moral fue en sus familias, lo cual contradice el estereotipo americano de los padres mexicanos como padres despreocupados por la educación de sus hijos. Paty, una estudiante lo recuerda de esta forma:

mis padres fueron muy orgullosos de mí, me alentaron, cuando tenía una prueba para la universidad siempre me ayudaban; cuando le pregunté a mi madre: ¿mamá me puedes llevar a tomar este examen, ella tenía que trabajar ese día y pidió el día libre, y dijo que si no se lo daban, ella renunciaría a su trabajo sólo para que yo pudiera tomar ese examen.

A veces se atribuye el estar en la universidad a un individuo especial, a veces a un maestro o a un consejero fuera de lo común o a un familiar que se distingue como la influencias; o sea, a alguien que lucha con la corriente institucional. Paty cuenta que:

hubo un par de profesores que me apoyaron, vieron en mí una persona capaz de lograr lo que quería: me recomendaban y me dieron información sobre las becas, mis maestros me dieron mucha información y significaron un cambio importante en mi vida, me recomendaban, eran mis modelos.

Sin embargo, la mayoría de los jóvenes atribuye la presencia en la universidad a estos programas presenciales que visitan las escuelas para preguntar. Otra estudiante dice:

esa gente me ayudó, me informaron sobre la vida económica, cómo solicitar y los diferentes programas académicos que existían, lo hacen porque al mismo tiempo que están informando a los alumnos, también informan a los padres, así al próximo hijo podrán apoyarlo mejor.

Estos recuerdos surgen en el contexto de la entrevista, es decir, la historia de vida proporciona a estos jóvenes la oportunidad de recordar, de reflexionar y de comenzar a formar sus propias memorias.

Los programas de reclutamiento y los cursos de transición de verano ocupan un lugar muy importante en estas historias y en la memoria de los entrevistados. Son los programas que los ayudaron a llegar a este momento, pero también han proporcionado un lugar en la universidad donde los alumnos se pueden sentir en familia, porque todos los que trabajan en estos programas son parte de la primera generación universitaria. Muchos de ellos ya dentro de la universidad regresan a sus preparatorias para estimular y ayudar a quienes vienen detrás, y esta conexión los hace sentirse culturalmente en familia de varias maneras. Pero, ¿por qué es importante esto? Porque el sentido de pertenencia a la universidad es frágil para la primera generación, porque esta pertenencia está marcada por diferencias de clase social, de raza, origen étnico o nacional, por cuestiones de género o cultura y a veces por diferencia de idioma. Lo que proponemos entonces es que el concepto de *pertenencia* como derecho a ocupar un lugar en la academia se forja en el encuentro entre el pasado y el presente: un encuentro ocasionado por la historia oral. Según la teoría de la pedagogía democrática, la remembranza implica una reclamación de historias de lucha, al verbalizar una memoria de exclusión que a la misma vez reclama un sentido de derecho.

Nuestros entrevistados afirman una serie de valores culturales en sus narrativas, tales como credibilidad, respeto, reciprocidad y ayuda mutua. Por ejemplo, en las historias escuchamos muchos relatos que testimonian una *cultura de marginalización* en la cultura universitaria; esto a pesar de que entre el estudiantado de origen mexicano, conforman el grupo más grande y más visible. ¿Cómo entender entonces estas luchas culturales? Allí es donde entra el concepto de la *ciudadanía cultural*, que nos ofreció un posible marco para teorizar estos relatos. La *ciudadanía cultural* se refiere a las formas culturales, los valores, las creencias y las prácticas en las que la gente organiza y expresa su sentido de derecho a ser miembro de la sociedad; es decir, ser ciudadano no depende de un papelito legal, sino de un sentido cultural de pertenencia y de responsabilidad. Las comunidades subordinadas reivindican su derecho a tener derechos y su derecho a crear una sociedad más democrática e influyente, como apunta

Stewart May cuando dice que los grupos excluidos o marginados son los que crean nuevos derechos; el concepto de derechos nuevos, surge por medio de sus propias prácticas comunitarias, de acuerdo con su propio sentido de pertenencia.

Esto es muy curioso porque la forma de expresar, de narrar, de decir, es una forma vernácula, o sea que en el vernáculo, en todos nosotros, tenemos maneras de expresar este sentido de los derechos y de reivindicaciones. Lo interesante es ver cómo las narrativas mismas expresan en este vernáculo estos reclamos por la ciudadanía, por los derechos; expresan las prácticas de resistencia y acción. Es mediante el vernáculo que la gente expresa sus ideas, se ve la subjetividad y los puntos de vista.

Ahora, ¿cuáles son los reclamos que surgen en nuestras entrevistas, cómo se expresan y cuáles son las respuestas? Nuestros relatores ya de por sí conllevan un agudo sentido de expulsión al ser de origen mexicano en los Estados Unidos y más aún en California. Tal como pasa en el norte con cualquier persona ubicada como parte de una minoría, se encuentran en la universidad con un ambiente potencialmente difícil por la discriminación. La universidad representa una cultura nueva donde tienen que negociar su presencia. Aun cuando la mayoría de los entrevistados comentan que sus maestros o los profesores los han apoyado mucho y que han sido muy simpáticos con ellos, también comentan sobre el racismo que surge en el salón de clase o en el campus. Aquí doy nada más dos pequeños ejemplos: una entrevistada que quiso permanecer anónima, ejemplifica el sentido de la otredad:

nunca pensé que iba a ver eso. Mi profesor aparentemente estaba preocupado por los ensayos que habíamos entregado mis amigos y yo, pero lo que no me gustó es que empezó a hablarnos en español y sólo somos cinco o seis en la clase que hablamos en español, entonces nos dice en español que sabe que tenemos dificultad en expresarnos bien en inglés porque no era nuestro primer idioma, los demás no entendían lo que nos decía, qué pretendía entonces: ¿decirnos que no estamos a la altura de los demás? ¿Que nuestros trabajos no eran buenos? Yo entiendo que tal vez lo hizo porque el inglés no es nuestro primer idioma, pero no tenía derecho a hablarnos en español. Nos podía haber dicho en privado, no enfrente de todos, avergonzándonos como lo hizo. Nos sentimos ofendidos. O a lo mejor nos habló en español para que entendiéramos mejor y para que los demás no entendieran. Me sentí desilusionada, porque me hizo sentir como una de “aquellas estudiantes” (entendido como una estudiante de acción afirmativa que había entrado por razones especiales).

Esta alumna nos expresa su rabia en torno a este conflicto del idioma y de la comunicación, y reivindica su derecho a ser vista como igual en el entorno académico, pero otro alumno comenta a raíz de un incidente racial dirigido hacia los afroamericanos que alborotó el campus diciendo:

han habido otros casos de odio racial contra latinos. Un amigo mío mandó un *e-mail* general anunciando la formación de un club latino en la facultad de negocios, bueno, alguien se aprovechó de la oportunidad para subyugar a los latinos con la sugerencia de que se creara también un club de negocios blanco, y poner como directores a David Duff o a Aarón. Esto fue cierto, fue un *e-mail* que corrió por todo el campus.

El estudiante continúa explicando que el consejero de los estudiantes migrantes no tenían oficina y que ellos como estudiantes migrantes sí; y que al consejero lo iban cambiando de lugar en lugar en el campo social y que hasta en esto es evidente su condición de migrante. “Esto –dijo el chico– me enfogonó mucho”. Podemos ver en estos relatos reclamos por un tratamiento igualitario basado en la identidad cultural. La respuesta de los estudiantes latinos tanto del salón de clase como del ámbito más amplio del campus, ha sido de reivindicar sus derechos haciendo un llamado a la dignidad, al respeto a los valores culturales enraizados en ellos.

La *ciudadanía cultural* ayuda a entender estos reclamos porque la misión de la universidad es, supuestamente, dirigirse a ellos. Hacen llamados públicos por el derecho a formar parte integral del estudiantado, de su derecho a ser apoyados por los profesores y administradores, a ser tratados con respeto, en fin, al derecho de ser ciudadanos completos en la universidad.

Incidentes como éstos aumentan el sentido de la exclusión y la diferencia en una etapa vital en que los jóvenes empiezan a conformar sus propias identidades. Los relatos evidencian que estos conflictos marcan la conciencia de los entrevistados, pues además de ser chocantes de por sí, recuentan las vivencias de sus padres y familias por la discriminación racial. De nuevo la historia de vida en el presente, llama al pasado fortaleciendo una memoria colectiva de exclusión. Pero a la vez también el relato de vida ofrece una oportunidad: la *ciudadanía cultural* tiene tanto que ver con la conciencia como con las formas de acción. Además de manifestaciones públicas de reivindicación, nuestros entrevistados emprendieron una estrategia cultural. Todos hablaron de cómo la primera generación universitaria tiene responsabilidades especiales para con su familia y su comunidad.

Al preguntar a una de las entrevistadas que ya estaba en la universidad, “Ahora que eres universitaria, ¿cómo te sientes hacia tu comunidad?”, ella respondió:

la gente que vive allí son campesinos, tienen hijos en la escuela, trabajan desde la madrugada hasta la tarde, así que no están con sus hijos, sólo un rato antes de acostarse. Los niños van a la escuela pero no saben qué es lo que van a hacer, no se dan cuenta, o están perdidos o tienen miedo. Así que necesitan modelos, personas que vayan y les digan: mis padres también fueron campesinos, yo también vine de México, pero estoy en la universidad. Ellos también pueden, sólo necesitan que alguien les ayude a sentarse y a empezar a pensar sobre el futuro y qué es lo que quieren hacer.

Otro alumno dijo:

yo quiero trabajar no sé en qué, pero quiero hacerles la vida mejor a mis padres, ayudarlos económicamente, alentar a mis hermanos a que vayan a una universidad, ayudar a mi familia, ellos estaban conmigo cuando yo los necesitaba. Me apoyaron y ahora yo los quiero apoyar.

Que no nos sorprenda entonces que la respuesta a la marginalización sea una reciprocidad y solidaridad, sobre todo entre jóvenes que provienen de culturas rurales. Todos los entrevistados hablan de la importancia de abrir camino; todos hablan del apoyo que dan a sus hermanos y primos menores. Muchos han regresado a trabajar en sus escuelas preparatorias, tratando de emular a aquellos individuos especiales que les ayudaron a llegar a la universidad. Discretamente estos jóvenes van creando el estudiantado del futuro dadas las estadísticas de nacimientos de latinos en Estados Unidos. Esto va conformando lo que yo llamo *lógicas culturales* de valores colectivos de *ciudadanía cultural*: se afirma el derecho de existir en un ambiente universitario como igual, como latinos. La *ciudadanía cultural* como afirmación, nos permite entender entonces el nexo entre el pasado y el futuro.

Todos nuestros entrevistados fueron interrogados sobre sus planes para el futuro; hubo quienes querían un trabajo que les permitiera ganar dinero, obviamente, pero la gran mayoría se proyectaron como futuros profesionales en sus comunidades de origen. Muchos aspiraban a ser maestros, a ser consejeros, a reemplazar a aquellos que los ignoraron, a ser abogados o líderes comunitarios. O sea, no simplemente subir en el escalón económico y cobrar un éxito personal, sino que también los propósitos colectivos eran los mayoritarios. La remembranza necesita de un pasado y de un futuro, no podemos recordar nada si no tenemos el concepto de un pasado y un

futuro, el *recuerdo* se sitúa en medio. La entrevista entonces genera una reflexión de vida y una proyección futura entre estos jóvenes universitarios; además, nos permite participar en la construcción de la memoria y entenderla mejor.

Estas historias que hemos recopilado nos sirven como evidencia de un *discurso de igualdad* basado en la reivindicación cultural. En inglés tenemos la frase *counter story*, es decir, una *contrahistoria*; me imagino que ésta es la traducción. Y esta *contrahistoria* se opone a las narrativas oficiales de la nación, de la institución. Estas historias que recolectamos entonces, el vernáculo donde vemos la expresión de la ciudadanía cultural, los derechos, en estas historias, son opositoras. Demuestran que entre “el dicho y el hecho hay un gran trecho”, como dice el refrán. Son historias en que se cuaja la memoria, una memoria que significa qué es ser latino en Estados Unidos y en la universidad. Las narraciones son unos microespacios en donde se va forjando la identidad cultural entre los jóvenes. Es decir, sus cuentos mismos construyen su sentido de identidad. El *habla* para mí es un lugar de lucha social, puesto que la Historia Oral es un espacio profundamente democrático; yo me aprovecho del salón donde enseño la historia oral, para hablar también de este impulso. Parte de nuestra labor dialogante con la Historia Oral es reconocer nuestra participación en la construcción de la memoria, tanto en el tiempo como en el espacio, así como en la interpretación posterior.

Entonces ¿qué pasa? Tenemos este proyecto en el aula: los alumnos hacen sus entrevistas, los traemos al salón de clase, las comentamos, las analizamos, platicamos, luego formamos grupos y hacen un trabajo escrito colectivo. Hay un grupo que va a estudiar las historias de vida de los de primer año: otro grupo las de segundo año; otro grupo las de tercero; así empezamos a entrever las diferencias y al final del curso siempre hacemos un foro público. En este foro invitamos a los entrevistados por supuesto, a los profesores, a los administradores, a todos los que tienen que ver con el estudiantado que es primera generación y entonces les damos a los estudiantes una calificación. Es en este evento y de esta manera en que los que recolectan las historias de vida, el entrevistador, también llega a ser partícipe, activista social si se quiere, en la memoria y en la identidad de estos alumnos.

Este proyecto en cuestión fue interesante porque pudo ofrecer un espacio de activismo social para los entrevistadores. Al final de curso hicieron un foro público, bueno, lo hacemos todos los años, invitamos a los entrevistados como dije y también al final ellos hicieron una página *Web* con la intención de afectar la política universitaria en torno a la primera generación. De esta manera hicieron mucho más que recolectar historias y

archivarlas. Utilizaron los testimonios para reivindicar la ciudadanía cultural de los estudiantes latinos de primera generación en nuestra universidad. La página *Web* tiene una introducción y los trabajos de grupo que estudió primer año con una diversidad de temas. Se pueden revisar todos los grupos y al final colocamos un plan de acción. Es decir, los mismos alumnos o entrevistadores presentaron estas recomendaciones a la universidad como, primero, reclutar temprano en las preparatorias para incrementar el ingreso en la universidad. El asunto no es solamente entrar en la universidad, sino permanecer en ella, ¿cómo lograr la permanencia y terminar los cuatro años? Hay una serie amplia de recomendaciones muy específicas. Al final se recupera la misión de la universidad, de la importancia de reclutar, de nuestros entornos y no simplemente de buscar números de estudiantes de cualquier lugar para que ocupen plazas. Éste es, precisamente, el producto de nuestro trabajo de Historia Oral en un salón de clase.

Resumiendo, aprendimos varias cosas con este proyecto. Como historiadores orales aprendimos que somos partícipes en la construcción de la memoria; que la Historia Oral vincula a la memoria con el activismo social; que el testimonio es un texto cultural que hace la memoria; y que el testimonio es además una expresión de la ciudadanía cultural en nuestro caso. Espero que con esto haya complicado aún más la discusión de ayer, invitándolos a escuchar los testimonios de formas nuevas, a cuestionar los parámetros de nuestras disciplinas y a ver nuestra labor docente y nuestros salones de clase como laboratorios de experimentación epistemológica; al fin y al cabo la memoria se codifica no sólo en el momento de la vivencia, sino en los actos continuos de revisión, de reflexión, de volver la vista atrás muchas veces; y la Historia Oral puede participar de una forma significativa en la formación de estas aristas.

Muchas gracias.